

CUENTO N° 176

TÍTULO: EL DESAFÍO ESTÁ EN MI

SEUDÓNIMO: SCRIPTOR

AUTOR: SERGIO GUSTAVO NEVEU MUÑOZ

EL DESAFÍO ESTÁ EN MI

**“Se el cambio que quieres ver en el mundo”
Gandhi**

SCRIPTOR

¿Cómo te defines? – me preguntaron a quemarropa provocándome ausencia total de argumentos para, finalmente, refugiarme en el silencio que contenía la respuesta que yo desconocía. El intelecto tartamudeó dejándome muda y, muda me retiré. Mudo quedó el ambiente con su angustiada duda y ansiosa curiosidad, así como con el vacío de la respuesta no emitida.

Sin explicación, pero con una intriga enorme relacionada a la pregunta formulada me dirigí a casa evitando la tarde sombría y los pensamientos asociados a lo taciturno del día y a la complejidad de la cuestión levantada.

A partir del evento en que el cuestionamiento surgió, una aguda sensación de sofocamiento me invadió por ser incapaz de salir del círculo vicioso en que transitaba un día sí y el otro también, cuya principal función era imponerme una peregrinación constante por emociones tan diversas como la ira y la soberbia en el transcurso de todo santo día teniendo como consecuencia visible el impedirme de encontrar la definición contenida en la pregunta inicial, Al final, al igual que la mayoría de las personas, como ustedes, solo quería ser feliz y a ese fin me había entregado sin ningún éxito sensible, a no ser la deserción del bienestar mental que nunca se materializó como producto de la reflexión a que me propuse. Lo máximo que obtuve de claridad mental se puede resumir como la insensatez de no ver que la soberbia nada más es que la disimulación de la vergüenza, que la envidia es el espejo de nuestras debilidades y que la insatisfacción es la dictadura de los deseos. Por lo tanto, ahogada en mi desesperación por hallar la serenidad y calma existencial indispensable, decidí dar un basta a esta

opresión que imputaba proveniente del exterior deletéreo y definitivo porque debo confesar que creí de ojos cerrados que la felicidad estaba contenida en el deslumbramiento del consumo compulsivo o en los mensajes del marketing de la salud con sus personajes atléticos y sus dientes impecables o en las promesas de campaña del político de moda o en el efectismo de las frases de autoayuda publicadas en redes sociales o en la acumulación de recuerdos amorosos que se mostraban eternos y únicos para no revelarse ni duraderos ni satisfactorios. -¿Les suena familiar?- Todos oropeles deslavados como bisutería que brilla hasta ofuscar, pero que nunca alcanzará el resplandor del diamante.

Esta ceguera crónica creó sufribles jornadas de sentirme atrapada por una melancolía endémica incurable cuya desagradable sensación se materializaba como cleptómana de mi felicidad, cual sanguijuela liba lentamente la sangre hasta extinguir a su víctima.

Ya no era por mi percepción de decadencia vertical de la sociedad contemporánea que le atribuye significado positivo a los valores inferiores, que se agitaba mi expectación.

Mi desasosiego no encontraba sosiego en las verdades desconcertantes de la física cuántica con sus flujos de quarks y fotones de difícil digestión, que destruyeron la solidez de mi mundo mecanicista, en el cual me reguardaba y protegía de los desatinos de la humanidad y su supuesta normalidad.

Mi desvelo no fundaba nerviosidad en el extremo opuesto al mundo cartesiano. O sea, en la religiosidad que con sus escándalos y dogmas, me enflaquecían el alma desarticulando mi fe con la consecuente sensación penetrante de desamparo. Lo que consideraba un baluarte se desmoronaba frente a mí como castillo de arena bañado por las olas sin oponer resistencia ni contemplar reconstrucción.

Insatisfecha con la insuperable melancolía, así como con la insustancialidad de las respuestas provenientes del mundo externo, construido – presuntamente en bases infalibles y absolutas, aunque cementado sobre arenas movedizas – comencé la búsqueda en el único lugar donde no había procurado aún: internamente.

El desafío encarnaba la súplica silente de descortinar lo arcano representado por el desconocimiento de mí misma. No temí. Al contrario, redoblé mi coraje y espanté mi desidia.

Creo que estarán de acuerdo conmigo si les digo que me urgía resolver el sentido prevalente de carear mi consciencia y mi yo; esas dos entidades aparentemente tan antagónicas como disímiles. Una necesidad implacable se instaló en el centro de mi corazón dificultando mi respiración e iludiendo mi razón.

No hesité ante el tamaño del reto que me imponía, quizá por ignorancia, quizá por entender que era mi última alternativa. Sin saber exactamente cómo proceder, procuré intuitivamente en el silencio la respuesta a mis intranquilidades.

No tuve éxito inicial. No obstante, desistir era una palabra abolida de mi comportamiento y proscrita del vocabulario. Perseveré con ahínco inusual a punto de

extrañar la existencia de esta cualidad dentro de mis escasas virtudes, así como la intensidad de su pulsar. Entretanto, se hizo presente con alegría y vitalidad.

Una voz misteriosa, aunque no desconocida me incitaba a proseguir sin abatirme. No serían los ininteligibles ruidos provenientes del silencio que ocasionarían el cese de mi búsqueda. Presentí que en algún momento los incoherentes ruidos se volverían nítidos, harmónicos y con sentido.

Con denuedo inusitado agucé la audición para escuchar el silencio en toda su dimensión. Paulatinamente y de manera invisible un depósito de ruidosos sufrimientos comenzó a plasmarse en mi mente. Depósito alimentado por mis incontables emociones aflictivas que comandaban mis comportamientos y mis respuestas automáticas ante el surgimiento de cualquier situación, cual titiritero manipula las cuerdas de sus personajes de acuerdo con el aplauso de la platea. El depósito también se sustentaba de mis pensamientos colmados de negatividad, así como de los nefastos nutrientes ingeridos del ambiente exterior, encabezados por su sensacionalismo.

Gradualmente los barullos cedieron espacio al sonido cristalino de la consciencia provista de paz imperturbable. Una sonrisa sutil marcó mi rostro y templó el corazón. Les costará creerme, pero fui recompensada después de muchas tentativas y algunas desilusiones pasajeras, con la composición melódica de los primeros acordes de la sinfonía universal.

Supe que la diligencia no era desprovista de sentido ni sería infructífera.

A medida que la sinfonía del silencio aumentaba, la comprensión sobre la superación de la melancolía crónica se revelaba clara y luminosa. De manera incipiente entendí que la fuente nutricional de los sufrimientos era generada por apegos desgobernados y omnipresentes, como también por otorgarle a terceros un poder que no tenían. ¿Ya pensaron en esto?

¡Ahí radicaba la solución! Aprender a direccionar la mente para fomentar el cambio individual que la llevaría a la lucidez y, por ende, a encontrar las causas de la felicidad incondicional como lo intuía mi ser y mi espiritualidad.

- *El desafío soy yo* – concluí serena, y convencida del contenido de la frase.

Ante esta certeza embrionaria reí, inundé el corazón con benevolencia, y me apapaché asumiendo el compromiso de esmerarme con entusiasmo y disciplina en este reto, a fin de conocerme, aceptarme, cambiar las rancias actitudes dominadoras de mis acciones y pensamientos para tener la oportunidad de ofrecerle a los demás bienestar y bondad que hasta ese momento poco o nada tenían que ver con mi concepción de mundo. Más bien diría que era insensible al bienestar colectivo.

La respuesta a la pregunta inicial, requiere un cuestionamiento amplio, honesto y trascendente de mí y mis principios. Solo esta determinación me otorgará la confianza y convicción necesaria para brindar una contestación clara e imparcial a mis indagadores, a mí misma, a los lectores y a todos los que se relacionan conmigo.